

SEGUNDO PREMIO ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

LA MIEL

IGNACIO CARRILLO MARTÍNEZ

Universidad Autónoma de Barcelona

La luz está apagada, pero mis ojos siguen abiertos. Trato de captar lo que en la habitación supone la diferencia con un agujero negro. Me ha cabreado que se alargase la discusión. Quiero leer. Ya es tarde, no me queda demasiado tiempo para descansar. ¿A qué hora es mañana? Creo que a las ocho, pero ¿para qué? “Cuando llegue quiero todo en marcha”. Capullo.

Debo haberme dormido hace un instante. Quizás me durmiera y despertara. Un sueño casi tan pesado como seguir despierta, tan superficial como estar despierta. Un sueño epidérmico que no me deja dormir. Una noche más en la que apenas descanso, obligada a madrugar, sin poder decidir la hora a la que aparezco por la oficina, la hora de las entrevistas, la hora en que regreso a casa. ¿Para qué? “Un contrato como becaria con posibilidad de contrato laboral en un año”. Ya me lo habían dicho un año antes, 300 euros al mes. 3600 euros al año. Papá siempre me pedía -como una súplica- que opositara, si estuviera aquí tendría que darle la razón. “Un título en periodismo es un billete a la precariedad”. Siempre fue aficionado al símil.

Debería dejar este puesto de mierda. Irme al salón, llenar una copa de vino y ver una película. Despertaré cuando me apetezca, cuando yo decida. Dedicaré la mañana a emborracharme y la tarde a crear un medio digital. *Crowdfunding*. ¿Quién va a financiar mi proyecto? En la cama las ideas surgen así, al menos en mi caso. Sentí por un instante un peso, pero era un peso reconfortante, cálido. Solo cuando estoy en la cama soy capaz de convencerme, aunque sea durante un rato. Luego me percaté de la hora, de que las horas pasan, de que el despertador me echará de entre las sábanas a las seis y media independientemente del tiempo que duerma.

Carmen me había dicho que me equivocaba. Carmen y sus estúpidas zapatillas de cabezas porcinas. Me encontró en el salón a media tarde, viendo un concurso y fumando.

Más bien en el orden inverso.

— ¿Has recogido los platos que había en el escurridor?- Preguntó apoyada en el marco de la puerta acristalada del salón.

— Ahora voy, cuando termine el cigarro- respondí sin apartar la mirada de la televisión, pretendiendo dar así por zanjada la conversación. Carmen no quiso aceptar la tregua implícita y volvió a la ofensiva.

— Ya están secos, deberías hacerlo ahora. Tengo que cocinar y no puedo con ese caos que ocupa la encimera desde el fregadero a la hornilla- intuyo su mirada severa, como cuando salgo de la ducha y espera su turno frente al baño. Me machaca las sienes. Definitivamente me había jodido el cigarro.

— Te he dicho que voy ahora. Si tanto te molesta, recógelos tú. Para mi están bien ahí- respondí obcecada en mi táctica de evitar un cruce de miradas.

— Sabes que te toca a ti. Yo fregué. No me jodas- Estaba inquieta y alternaba la mirada entre el reloj de Minnie Mouse que colgaba al fondo del salón y yo. De pierna izquierda a pierna derecha y vuelta a empezar. Ya no se apoyaba en la puerta.

Decidí levantarme. No me apetecía seguir allí. Lo único que en ese momento quería hacer con el cigarro era apagarlo a Carmen en un brazo, en la mano, por la cara de la palma. En lugar de eso lo apagué en el fregadero y me puse a recoger la cocina. Tampoco eso deja de rondarme la cabeza mientras trato de conciliar el sueño.

Puede ser que sea el origen de mi insomnio esta noche. Estoy convencida. Si hubiese podido terminar el cigarro tranquila, sin molestias, justo como pretendía hacer cuando me senté en el sofá y encendí la televisión, no estaría ahora aquí con los ojos inútilmente abiertos. Si en ese momento Carmen hubiese muerto, pensaba, no habría movido un dedo para ayudarla hasta no haber terminado de fumar. Luego me habría levantado y, por deferencia a la recientemente fallecida, habría recogido la cocina antes de llamar a emergencias. Pero no es eso lo que ha pasado esta tarde. Tampoco estaba en mis manos que así hubiese sido. Cierro los ojos. Estoy bastante cómoda ahora.

— ¿Pero qué importancia tienen? ¿Qué papel juegan para que nuestra supervivencia dependa de ellas?

¿Me he vuelto a dormir? Malditas abejas. Casi las puedo ver en la oscuridad total de mi habitación. Al menos las intuyo, sé que están ahí, los destellos amarillos a la altura

del techo se multiplican. Resulta sencillo engañarse a uno mismo, el cerebro empieza a colaborar rápidamente en ello, no opone resistencia. Aquel concejal excéntrico daba muy mal rollo con su careta de apicultor, sus pantalones de acampada cortos y su camisa remangada. Un *scout* de cuarenta y tantos años. *Moonrise Kingdom*. Siempre me mandan a cubrir las noticias que parecen más estúpidas, esas por las que la gente compra aún prensa.

— ¿Por qué este proyecto? ¿No hay cosas más importantes a las que dedicar espacios e inversión en el contexto de crisis actual?- Pregunté cuando nos sentamos en una cafetería que había en la calle que baja desde aquel enorme solar en el que este concejal había propuesto construir la granja apícola.

— Ahora mismo no hay nada más importante. Es cierto que, si invertimos en este espacio de apicultura, habrá menos fondos que dedicar a otras cuestiones; pero si no se lo dedicamos dará exactamente igual que invirtamos todo en políticas sociales. Es cuestión de vida o muerte -habla con la cadencia de alguien convencido de una idea que ya ha tratado de explicar en muchas ocasiones. Suena también a que es consciente de su falta de credibilidad. Quizás vestido convenientemente..., pensé. Pero una persona seria, seriamente vestida y hablando de insectos no vende periódicos. O credibilidad o audiencia, no es posible tenerlo todo a la vez.

— Hablamos de abejas, ¿verdad?- pregunté escéptica a aquel señor teatral y cansado.

— Hablamos del principal polinizador a nivel mundial- se detiene, coge aire y, al percatarse de que no voy a interrumpirle, concreta su explicación- Sin abejas la cadena trófica quiebra irremediamente. Si no hay reproducción vegetal no hay herbívoros, ¿lo comprende?

Así que tampoco de las abejas puedo desentenderme, joder. Platos, despertadores, pagos, alquileres, películas y abejas. Ni siquiera me gusta la miel.

Pienso que es como aquella película en la que Al Pacino interpreta a un ex-militar ciego. No creo que él mismo, el personaje, hubiese tomado la decisión de serlo libremente. Más bien, imagino, no le quedó más remedio que aceptarlo y aprender a convivir con ello. Por eso bebía tanto. La vi ayer por tercera o cuarta vez, en vez de terminar el libro... ¿será que no me gusta?

Sin embargo, espero con ansia el reencuentro con ese detective grande y apuesto que no se viene abajo ni con una pistola presionándole el pecho. Ya no hay sabuesos como Marlowe. Ahora son gente blanda, sin las cosas claras. Muchos de ellos, por norma,

reciben una pequeña paliza cada cincuenta páginas. Todo para que el lector no olvide que ya no vivimos los años dorados de la novela negra, para que no olvidemos que Chandler no volverá.

Raymond, podrías publicar una sola novela más. Guarda tus poemas, no me sirven. Solo quiero cruzarme con tu nombre en los escaparates de novedades. Al menos para que él sepa quién eres, para que no arrugue la frente cuando le hablo de ti. "No, no es ese". Se reía. Su sonrisa es agradable, nada simétrica, la comisura de la derecha sube bastante más que la de la izquierda. ¿Cómo será besar esos labios torcidos? Me asustan. "No veo ni leo nada que tenga más de veinte años". Eso me asusta especialmente. Sus muecas podrían gustarme lo suficiente para renunciar a todo lo escrito antes de los noventa. Ni siquiera puedo decidir sobre lo que decido, los temas sobre los que deciden por mí. Yo no quiero elegir entre la escritura o él. Quiero decidir entre la vida y la muerte, pero nadie me deja opinar al respecto. Las abejas tienen mucho más que decir sobre ese asunto.

La miel o la literatura. ¿Y si es la abeja el enemigo natural del escritor? ¿Podemos vivir sin escritores pero no sin abejas? Sin las primeras moriremos de inanición, sin los segundos también. Al final ser escritor es lo más parecido que existe a ser abeja. No sé cuál de los dos es más arrogante pero ambos pican si se les incordia lo suficiente. Aunque soy incapaz de imaginar a Chandler en una colmena. Debe ser eso lo que mueve a las abejas hacia su extinción, lo que las hace huir de su comunidad, morir lejos y solas. Huyen de su colmena, les aterra, les repugna, no se sienten parte de ella. Las abejas no mueren por efecto del cambio climático, tampoco por los gases de efecto invernadero, ni siquiera es un hongo neurotóxico que las hace enloquecer. Las abejas mueren de pena, por su incapacidad de comprender su lugar en el mundo. El escritor se desahoga en el poema, la abeja no tiene papel y lápiz. La miel alimenta casi como la lectura, pero la escritura es un bálsamo sobre la herida del que la ejerce, y la fabricación de miel no resulta tan efectiva.

He vuelto a girar sobre mi misma, antes miraba hacia el techo, ahora mi nariz se hunde en la almohada y contengo la respiración. ¿Podría morir así? Claro que no, tampoco aquí puedo imponer mi criterio sobre el instinto. Al final, cuando no quede apenas aire, levantaré la cara y llenaré los pulmones sin querer, odiándome un poco más, ahondando en mi desvelo. Al final, cuando no quede apenas tiempo, mientras Chandler sigue sobre la mesita de noche, apuraré el vino y le besaré. Y seré menos yo, pero convencida de ello encontraré una postura en la cama, una que no juegue con mi flujo de pensamiento, que como un agujero negro absorba lo que me ronda la cabeza hasta que mis pensamientos se limiten a lo que queda ante mí al abrir los ojos: la negrura absoluta tras la renuncia a mantener encendidas unas luces que nadie necesita.